1
233448

LA NOVELA DE

Pts.



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

AVGVSTO

ANDRES GONZALEZ BLANCO

PONCHÍN I.

REY DE LA CASA

Nº 18.

1
233448

47/10744406

LA NOVELA DE NOCHE
PUBLICACIÓN QUINCENAL
APARTADO 473

Año I. Madrid, 15 de diciembre de 1924 Núm. 18

Ponchín I, "Rey de la casa"

POR

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO
ILUSTRACIONES DE AUGUSTO

UNA PESETA

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.—Teléfono 376 J.
1 9 2 4

BIBLIOTECA MADRID

MUCHAS GRACIAS

REVISTA CÓMICO-SATÍRICA

Director: ARTEMIO PRECIOSO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: MENDIZÁBAL, 42

TELEFONO 24-53 J. MADRID APARTADO 473

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

Madrid y provincias:		Extranjero:	
Año.....	14 ptas.	Año.....	22 ptas.
Semestre...	8 —	Semestre...	14 —

Portugal y América: Año, 16 ptas.; semestre, 10.

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de giro postal, sellos de correos o sobre monedero.

R 322109

A MANERA DE PROLOGO

Lo que me dijo González Blanco, el malogrado escritor.—La mejor oración.

He aquí una novela póstuma, lector. Un trabajo póstumo es una cosa triste, pero que encierra una infinita ternura, un algo misteriosamente dulce. Nuestro amigo se ha marchado un día para siempre. En la tertulia diaria su sitio está vacío, y su voz no llega a nosotros. Uno de los nuestros comenta lo que dijo la última vez que le vimos. Hay alguien que ha llevado un libro de Andrés, un libro que habíamos ya saboreado; pero todo esto es algo artificial; la frase, al recordarla, pierde el aroma de la espontaneidad; el libro

es cosa ya sabida, no recuerda la palabra fácil de nuestro amigo, la idea luminosa que surge de sus labios. Pero ahora, ante nuestros ojos, hay una obra póstuma; sus párrafos nos eran desconocidos, sus ideas son nuevas; en nuestra imaginación la figura de Andrés va tomando realidad, y parece que es su voz misma la que va diciendo las pala-que escribiera su mano...

Hace poco tiempo, preparando la publicación de esta novela y la de otra hermana suya que, con el título de Una española castiza, *nos tenía entregadas González Blanco, tuvimos con él esta conversación que ahora transcribimos; y al recordar estas contestaciones suyas, parece que su voz nos llega de muy lejos y nos dice:*

—No me he marchado; estoy aquí con vosotros y ante vosotros; pregunte, pregunte, que yo iré contestando...

—¿Dónde nació?

—Por un acaso irónico nací en la vieja ciudad de Cuenca... Pero a los pocos meses de nacer me llevaron a la pequeña villa de Luanco (Asturias), donde he pasado mi niñez y parte de mi mocedad. Allí había nacido mi madre y allí habían nacido mis hermanos mayores; soy, pues, asturiano por los cuatro costados, que mi padre también lo era, pues en Mieres del Camino vino al mundo; además, por temperamento soy astur, y tan es así, que hasta en los defectos lo soy; sí, hasta en aquello de "Loco, vano, poco fiel y mal cristiano". ¡Cuántas veces y con cuánta razón lo recuerdan las madres asturianas a sus hijos!

—¿Qué edad tiene?

—Los escritores, como las mujeres galantes, no tenemos edad... Se nos conoce desde hace tanto tiempo... Por eso a mí, que empecé a escribir muy joven, se me cree más viejo de lo que en realidad soy. En 1907 publiqué

mi primer libro de crítica, Los contemporáneos, *y en él decía yo: "... con mis diez y ocho años y mi bozo incipiente..."*

—¿De cuándo data su vocación literaria?

—Comencé a escribir a los catorce años, encerrado en un viejo y renegrido convento de dominicos de la pluviosa ciudad de Oviedo. Mi primera producción literaria fué un poema a imitación de El Diablo Mundo, *de Espronceda, y algunas doloras y humoradas al estilo de Campoamor, mi ídolo de entonces, y a quien sonsagré un libro en 1912.*

—¿Fué larga su lucha?

—No conozco la lucha, en el sentido vulgar en que de ella abusan los literatos incomprendidos... En otro sentido más alto, más noble, la lucha por el nombre y la gloria no es larga, sino perenne. "Milicia es la vida del hombre sobre la tierra", amigo Artemio.

—¿Estuvo su camino lleno de dolores y contrariedades?

—¡Ah! ¡Mi vida no es un camino de rosas ciertamente!... Pero hay una fuerza ingénita en mí, que supera todos los dolores y rebasa todas las contrariedades. Por lo demás, tengo un concepto de la vida plenamente cristiano, y de ningún modo creo que el fin del hombre en este mundo sea la felicidad, sino el dolor y el sacrificio.

—¿Le mordió muchas veces la envidia?

—Me ha mordido quizás, pero como a esos atacados de hidrofobia que no se dan cuenta ellos mismos hasta mucho después.

—¿La mayor satisfacción de su vida?...

—Mis satisfacciones no son de índole profesional, sino íntimas, de las que decorosamente no pueden contarse al público.

—¿Qué obra de las propias le gusta más?

—Ninguna me satisface; alguna me agrada tan sólo fragmentariamente; pero si alguna me gusta del todo son mis Poemas de provincia, *tan* aprovechados *y tan olvidados.*

—¿Cuál es, a su juicio, el escritor más grande del siglo XIX?

—Si no existiera Flaubert, sería Eça de Queiroz... Entre los españoles de ese siglo Campoamor y Palacio Valdés.

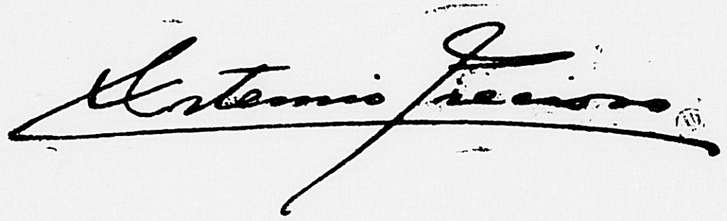
—Algún detalle íntimo o personal.

—Que me he pasado la mitad de mi vida haciendo favores a los demás... y haciéndome daño a mí mismo. Esta es la verdad plena de mi psicología...

Y la voz de Andrés González Blanco se extingue... Ha sido tal vez su alma desligada de todo lo que con el mundo le unía la que ha venido a mostrarse íntima y desnuda ante nosotros...

Andrés González Blanco, el querido compañero muerto en plena juventud, era bueno, era noble, no conocía la envidia... En sus años de trabajo ha escrito más cuartillas que muchos escritores que llegaron a la ancianidad. Porque la característica de Gon-

zález Blanco, aparte su enorme cultura, fué la del trabajo incesante... La mejor oración que podemos dedicarle es leer sus obras y, sobre todo, las que, como la que hoy publicamos, son las últimas...



EL NUMERO ALMANAQUE

DE

LA NOVELA DE HOY

para 1925, contendrá:

Las doce aventuras del año

NOVELA POR

ALBERTO INSUA

PROLOGO DE
Artemio Precioso

ILUSTRACIONES DE
Vázquez Calleja

Originales literarios de **Eduardo Zamacois, Pedro Mata, W. Fernández Flórez, López de Haro, «Juan Ferragut», Mariano Tomás y José Bruno.**
Dibujos de **«Demetrio».**

UNA PESETA EJEMPLAR

Este **Número Almanaque** supera, si ello es posible, a los que publicamos :-: :-: en años anteriores. :-: :-:

I

«Que debajo de aquella rústica corteza debe de estar encerrada y escondida alguna mina de gran valor y de merecimiento grande.»—MIGUEL DE CERVANTES.—*La Ilustre Fregona.*

Hablarle a Alfonso Gil de sus relaciones con Manolita Ríos era entristecerle y amargarle para toda la noche... Quedábase pensativo, con la mano apoyada en la frente, callado, como enmudecido por un súbito *schock* traumático, perdido aquel desbordamiento tumultuoso de alegría juvenil, fresca y decidora, que era como un torrente de savia vital montando a sus labios...

Nadie se explicaba, en verdad, qué especie de vínculo pecaminoso y de secreto nexo

enlazaba a este muchacho elegante y fino, de familia bien acomodada de la burguesía montañesa, con aquella mocita madrileña, desgarrada y plebeya, educada en un ambiente tosco y popular de barrio bajo, sin ninguno de aquellos atractivos y refinamientos que hacen apetecible y dulce la vida íntima con una mujer...

Cierto era que Manolita tenía una carita redonda, suave y sonrosada de muñeca; unos ojos claros e ingenuos, atónitos, de candor; un cuerpecito redondo y a la vez esbelto, que se cimbreaba airosamente bajo el mantón chulo; pero ¡así y todo!... ¡Era tan descarada, tan torpe de modales, tan poco presentable en la sociedad de muchachos finos y correctos que Alfonso Gil frecuentaba desde su infancia!...

Todos los amigos le recriminaban por aquella *liaison* larga y sin remedio, al parecer sin esperanzas de curación, que le iba



convirtiendo en esclavo de las veleidosas voluntades de una muchachita traviesa y pícara...

Fortuna fué para Manolita que nunca diera pasto a la maledicencia, siempre en ristre, de los amigos de Alfonso, con traspiés o desacatos en orden a la fidelidad; por el contrario, como suele ocurrir con estas muchachas que de muy niñas se han echado a rodar y que no han nacido para ello, en ese aspecto de la vida íntima, Manolita se defendía como una leona, con esa brava y áspera lealtad de la mujer del pueblo para no "hacer de menos" a su hombre. Gracias a esa virtuosa persistencia en el cumplimiento de la palabra dada al "novio", como ella le llamaba púdicamente, no recargaban con exceso los amigos las censuras y los improperios contra Alfonso por su enredo con una muchachita inferior a él en clase y en condición.

Esa misma fidelidad servíale a él de atenuante de todas sus debilidades y de acicate para la constancia en el amor de Manolita.

Y así, cuando los amigos le estrechaban en un círculo de argumentación apretada y lógica, solía contestarles con un supremo y definitivo *sed contra* por este tenor:

—Pero, ¡señor, si es tan buena!... ¡Es tan seriecita, tan formal, tan fiel!... ¡Tiene tales condiciones de carácter para hacer feliz a un hombre, que, verdaderamente, sería un crimen que yo me desprendiera de ella!...

A lo que solía replicarle Juanín Muñiz, el gerente de la casa Comas, Beltrán y C.ª, que era un argumentador formidable (no en balde había estudiado tres años de Teología en el Seminario de Llanada), con este soberano *respondeo licendum,* estupendo de ironía, de buen sentido y de afincamiento en la realidad:

—¡Pues no faltaría más, carape, sino que

te fuera infiel!... ¡Redaños!... Coge tú a una mujer de por ahí, bien sabes tú de dónde, dignifica y eleva a ti a esa mujer que hasta entonces ha andado corriendo las siete partidas, y encima de eso, a título de detalles secundarios, ponla un piso, cálzala, vístela, cómprala flores, joyas y perfumes; envuélvela en una atmósfera de elegancia y de lujo que ella no ha conocido; llévala a comer a los restaurantes elegantes y hasta a los casinos que tú frecuentas; lánzala entre las *cocottes* de postín y entretenidas elegantes, a ella, que toda la vida ha sido una moza del pueblo sin desbastar; hazla compañera de fatigas y de lujo de Patro "la Rondeña", "La Alavesa"; de Nati "la Santanderina"; de Blanca Carabina, de Lolita Miranda y de "La Civila", cuando ella no ha tratado antes más que con la baja zorrería de Cuatro Caminos..., y por añadidura, indisponte a causa de ella con tu familia, haz

a veces el ridículo con los amigos por defenderla..., y luego quédate embelesado porque ella no te es infiel, ella, que está con un hombre como tú, que le satisface el gusto y el gasto... ¡Vamos, hombre, si hay que oír cada cosa!... Dan ganas de llorar... Bien hacen las mujeres en engañaros y tomaros el pelo. Mientras haya hombres tan imbéciles como vosotros...

La argumentación de Muñiz era apretada y lógica, y las observaciones, atinadísimas, como de hombre escéptico y conocedor del mundo, Don Juan... *sans le vouloir,* Don Juan de puro escudriñador de las mujeres y dominador de ellas, que es como más duraderos son los Don Juanes, y no esos de pacotilla, callejeros, truhanes y pillines de similor, que, sin conocer el alma de la mujer, asedian a toda nacida de madre que cruza las calles, la abordan y "chaperonean" sin esperanzas de éxito.

Pero tales observaciones no hacían mella en Alfonso Gil, ni le removían un ápice de su idolatría o embelesamiento. El comprendía reflexivamente todas las alegaciones de Muñiz y cuantos como él razonaban; pero no quería ni aun pensar—a no ser en los más escondidos yacijos de lo subconsciente—desprenderse de los perfumados lazos de la que se había adherido a su vida, de la gentil Manolita Ríos, lindísima muñeca madrileña, conocida popularmente (antes de su compromiso con Alfonso Gil) por Manolita "la Encajera", por ser ésta su anterior profesión...

II

No podían darse cuenta los amigos del embrujamiento de Alfonso Gil en las garras de aquella mujer endiablada y chula, de alma bravía de manola, porque era un encanto íntimo, personal, inefable, el que de ella emanaba, y sólo quien más cerca de ella estaba podía saborearlo... Era la espontaneidad nativa, la ingenuidad encantadora, los instintos al desnudo, sin afeites ni tapujos de convencionalismos, sin aceptar ninguna de las prácticas que la sociedad impone...

Tal era el alma de Manolita; y esta bravía e indómita desaprensión, esta irreverencia a los prejuicios, a las convenciones; esta

espontaneidad nativa de la chula era lo que encantaba a Alfonso por una ley de contraste, por ser él precisamente el polo opuesto de la espontaneidad y de la aspereza bravía... El era un hombre todo de sociedad, todo hecho para vivir entre los salones de un *club;* mozo "bien", mimado, arrullado desde niño, y, al mismo tiempo, respetuoso de todas las prácticas sociales; vicioso, pero sin herir prejuicios; mujeriego sin alarde, bravucón sin fanfarronería, juerguista sempiterno, pero a la chita callando...

Alfonso Gil, desde que el bozo le apuntara, y las primeras partidas de billar, y los primeros juramentos, y las primeras novias le erigieron en hombre, vivía una vida totalmente artificial, en un plano social elevado, de hijo de familia elegante, sin preocupaciones de dinero y con las cosas todas bien dispuestas.

—Vives una vida artificial—le había di-



cho Manolita un día, doliéndose de verse abandonada por una cena en el Club con amigos.

Y esta misma protesta de la chula en nombre de la espontaneidad y de la naturaleza, le incitaba a quererla más.

En efecto; él había vivido siempre una vida artificial, pero a la cual estaba ya tan acomodado, con la cual le iba tan bien...

Por ello, al principio, le costó trabajo vincularse en serio con la chulilla. En vano Manolita le probaba con actos que se había enamorado de él locamente, con esa brava impetuosidad que ya sólo ponen en sus amores estas mujeres de la plebe.

Era muy brusco el contraste, el ambiente de la chulilla con su ambiente de club y de sociedad de la alta burguesía en que se movía Alfonso... Poco a poco fué acomodándose a visitar con frecuencia a Manolita, y eran estas visitas como un paréntesis de ale-

gría y de jácara en el tedio rico de sus horas de casino, horas enteras perezosamente tendido en una mecedora, fumando con indolencia cigarrillos de *Navy Cut*. Era el descanso de las horas tediosas del *Club Imperial* —que así pomposamente se rotulaba—, en las cuales vivía Alfonso una vida de *club-man* elegante, que ni sentía ni saboreaba...

Reuníanse allí varios camaradas de Alfonso Gil, todos jóvenes y pintureros, que se encerraban en aquel antro perfumado horas y horas a ingurgitar toda suerte de licores exóticos: *whisky, pernaud, cock-tail,* o entrando en la sala del crimen... Del Club salían a altas horas de la madrugada "en estado de celebración", estilo inglés; y entonces solían enzarzarse, ya beodos, en combates individuales y contiendas colectivas con los guardias de Seguridad que los reprendían por su desordenada conducta...

En el Club Imperial se había constituído

un grupo de solteros recalcitrantes, que habíanse designado a sí mismos con el pintoresco remoquete "Los Celibatarios impenitentes"... Tertulia a la par divertida y grotesca que pasaba la mitad del día, y la noche entera a veces, enfrascados en la narración de lances conyugales, anécdotas depresivas para la honestidad de las casadas y el honor de los esposos; anécdotas salpimentadas con ironía, a veces recargadas de mostaza, sal y pimienta...

Los estatutos del grupo "Los Celibatarios impenitentes" estaban claros y taxativos; pero singularmente los artículos veintidós a veinticinco rezaban así: "Será expulsado del grupo el miembro que dejase transcurrir una quincena sin acreditar y atestiguar conquista realizada, o, a lo sumo, en puertas. Se entenderá por testimonio, no la palabra de honor, por lo demás muy respetable, de cada socio, sino la declaración ver-

bal o escrita de dos caballeros, a lo menos, del mismo grupo, que puedan dar fe y presentar pruebas escritas o actas de presencia. Se entenderá por conquista presentable toda mujer casada, o, cuando menos, separada del marido, o, en caso contrario, comprometida de amigo y de postín, entendiéndose por tal toda mujer guapa o fea (a ser posible, siempre guapa) que reciba de cualquier varón, sea clérigo, sea seglar, mesada rebasante de quinientas pesetas, pues en caso de contribuir a sus gastos el susomentado varón con menor cantidad, la mujer tiene la atenuante de apelar a la infidelidad para buscarse la congrua sustentación, con más, los indispensables artículos suntuarios; y a más de ello, entendiéndose por mujer comprometida a aquella que lleve más de un año ligada con el mismo varón."

Releía Alfonso Gil estos complicados párrafos de los estatutos en una hora de tedio,

en el Club, y pensaba que estaba faltando a sus compromisos y obligaciones de socio fundador de aquella jocosa agrupación juvenil, en la cual había ingresado con tan desbordante entusiasmo. Llevaba ya en ella seis años, y por primera vez, desde su ingreso, estaba sin complicación de casada alguna, ni aun de aquellas tan livianas que venden a su marido, no ya por treinta monedas, como a Jesús, hijo de Dios, vendió Judas Iscariote, el que yace en Llaceldama, sino hasta por dos monedas de a veinte reales vellón...

Porque lo cierto es que en la institución de jóvenes humoristas que formaban ese ejército celibatario no se aspiraba a derribar fortalezas de virtud, ni echar abajo alcázares del pudor y continencia, ni catapultear murallas de fidelidad conyugal. Aquellos buenos mozos—en el fondo, además, buenos muchachos, incapaces de hacer daño a nadie—se contentaban con ostentar ante

sus amigos, como botín de guerra, conquistas de solteras livianas o de casaditas más fáciles aún de seducir que en tiempos lo fué para buena parte del Madrid literario cierta dama con pujos de escritora, que, dándosele aquí mal el negocio de la pluma, y no sé si algún otro, emigró a lejanas tierras, acaso más propicias y acogedoras...

Ni se crea que iban allí estos mozos *bien* con la exhibición, que hubiera sido bellaca, ni aun con la pretensión, que hubiera sido necia, de presentar como trofeos de las amorosas batallas cartas o rizos de damas encopetadas y virtuosas, sino que se conformaban con exhibir ejecutorias y diplomas de amoríos con casadas que ya no tenía el diablo por dónde cogerlas.

La caza mayor y de altanería dábase entre las actrices, que son las histrionisas, desde muy lejano tiempo, lo más granado y florido de la galantería en las grandes capita-

les, bien que se disfrace con los oropeles, talcos y percalinas de la farsa... Suelen, por otra parte, los cónyuges de las tales damas, bien sean jóvenes, bien de carácter, no amolinarse o picarse fatuamente, con dejos de exaltación romántica, en cuestión de puntillo de amor propio, y no andan, digamos la verdad, muy cuidadosos de la honra conyugal, tal vez por una reflexión que yo siempre me hice, y es que, manejando mucho los dramas de nuestro siglo de oro, en que tanto se pregona, trae y lleva el honor, han tomado familiaridad con ese concepto y le han perdido el respeto; bien así como los sacristanes pierden el respeto a las imágenes venerandas de los bienaventurados, por andar limpiándolas y zarandeándolas todos los días.

Con una actriz del Coliseo de los Recreos había iniciado Gil un *flirt* amable y pecador desde hacía dos meses; pero en estado de

flirt había quedado todo, pues el encalabrinamiento por Manolita iba tomando proporciones cada vez mayores y había llegado a absorberle todas sus potencias y sentidos, y aun a ocuparle todas las horas del día, fuera de las dedicadas al ocio del Club, para él más respetable que el más sacratísimo de los deberes...

Iba Alfonso Gil, como iban todos sus camaradas, al Club como quien va a la oficina; antes podría faltar la Cibeles en su puesto, el Banco de España en el suyo, que los amigos y contertulios, a las tres de la tarde, en el Real e Imperial Club, como algunos le designaban con guasa. Había siempre uno o dos que se descuidaban: Juanito Arauz, el más trasnochador de todos, no ya trasnochador, trasmañanador, pues su hora de acostarse nunca era anterior a las ocho, y que por lógica transgresión de todas las leyes de distribución del tiempo, solía iniciar su vida

diurna entre tres y cuatro de la tarde; o, a veces, también remoloneaba Mariano Lagos, a quien solía retenerle en las primeras horas de la tarde, a tomar café en un coquetón entresuelo de la calle de Columela, Rosario de Vignie, una gentilísima rubia, malagueña injerta en francesa, ¡una mezcla de voluptuosidad inefable!...

Pero a eso de las cuatro ya todos los contertulios estaban congregados, y era entonces un hervir de conversaciones y de maledicencias que hacían de aquella tertulia academia, al lado de la cual las gradas de San Felipe el Real, en el antiguo Madrid, hubieran palidecido de envidia.

No sabía bien a qué atribuir aquella apatía y dejadez en las lides de amor Alfonso Gil; pero, en el fondo de su conciencia, bien le huroneaba la sospecha de que no a otra obedecía sino al encalabrinamiento que iba sintiendo, mayor de día en día, por la rosa-

da y redonda figura de Manolita, flor del arroyo... En ciertos días, el disgusto, el tedio, el *spleen* que sentía al encontrarse fuera de su centro, en aquel ambiente de amor plebeyo, que no le iba, que le hacía romper con todas sus tradiciones de conquistador de hembras de postín, se le tornaba tan agudo y punzante, que llegaba a mostrarse enfadado y como rencoroso con Manolita, como si la pobre nena tuviera la culpa de su embelesamiento y como si ella hubiera puesto de su parte todas las lagoterías y zarambainas que suelen usar las hembras malas, las Circes de baja estofa, para atraer y cautivar a los hombres. En aquellos días trataba a la muchacha desabridamente y hasta con furia, como si hubiera de vengarse en ella de algún secreto agravio...

Pero Manolita era de tan buena pasta y de tan gentil conformidad, que a esas noches de enfado, desabrimiento y mal trato

solía ponerles como coletilla esta frase complaciente, burlona y plebeya:

—Chico, hay días que estás más loco que Paco *el Virutas*...

Alfonso Gil ya desarrugaba el ceño, se sonreía sutilmente y daba un beso a la redonda muñeca, incomprensiva de aquellas modalidades psicológicas que le perturbaban a él, hombre complicado, hombre de su tiempo. Ella, buena bestezuela de placer, sabiendo querer con la inconsciencia bravía y la rudeza selvática con que saben querer las mujeres del pueblo, no podía adivinar ni comprender todas aquellas variaciones y mudanzas espirituales de Alfonso, y, naturalmente, se reía de ellas cuando se transparentaban al exterior. Y así solía desarrugarle el ceño con una caricia a tiempo, dándole una palmadita en las cejas y echándose a sus brazos, exclamando con una impetuosidad selvática de hembra:

—¡Vamos, quita esa cara tan fea de juez!... Si estás *guillao,* pero *guillao* del *to*... Pero ¡cómo te quiero, chiquillo; cómo te quiero!... ¡Si tú lo supieras!...

Generalmente, venía entonces un torneo de piropos y madrigales, a ver quién se quería más: él a ella o ella a él...

En el lenguaje de la intimidad, las mujeres adoptan los más absurdos motes, diminutivos y nombres extraños. La felicidad traba la lengua y hace volver a la glosocalia o al lenguaje balbuceante de la niñez. El amor apasionado e intenso hace a las mujeres más amazonas parlar con lenguaje y voz de niñas. Así, no puede extrañar que una chiquilla de diez y nueve años, como era entonces Manolita, empleara en la intimidad un lenguaje trémulo, balbuciente y caprichoso; a veces, se diría una media lengua de niña; tantas lindas puerilidades soltaba y con lenguaje tan ingenuo las decía, sobre todo en

los amaneceres, cuando Alfonso se retiraba para casa, y ella, medio despierta y más bien dormida, le hablaba deliciosas boberías de chicuela por este tenor:

—Quero ir contigo, Ponchino... Ero buena... Salgo contigo... Voy hasta tu casa... Me acuesto allá en tu camita... Me deja tu familia, ¿verdad?... Ero muy buena... Dices que es una pobrecita niña que te has encontrado en la calle esta noche, que estaba muertecita de hambre y de frío...

Así, no es extraño que entre estas pueriliades ingenuas el nombre de Alfonso sufriera una corrupción lexicográfica espantosa. En los primeros días era con respeto llamado Alfonso; al iniciarse la confianza fué llamado Ponso; a los dos meses de relaciones, Poncho, y más tarde, Ponchín, Ponchín mío, rico, bonito... Así iba siempre el nombre aderezado con adjetivos cariñosos y de diminutivos mimosones. Y con Ponchín se quedó ya en definitiva...

III

«Taller de la discreción; escuela del bien hablar, toda corte, ciudad toda.» *Baltasar Gracián.*—El Criticón, prime: a parte.

Enormes deseos de ir a Toledo tenía Alfonso, con una mujer, a pasar allí una tarde y una noche, en excursión artística y sentimental a la vez. Toledo era para él nuestro refugio romántico, lo que es Venecia, desde los tiempos de Byron y de Musset, para los turistas sentimentales del mundo entero, con gran escándalo de Marinetti y de sus secuaces futuristas... Toledo habría de ser para nosotros un archivo de enamorados, la basílica de los amores prohibidos, el puerto de las vidas rotas y sin brújula...

Pero Alfonso Gil era lo bastante comprensivo para adivinar que Manolita no era mujer lo bastante culta y artista para llevarla a una ciudad de arte... Había que pensar en otra. ¿Quizá en la actriz del Coliseo de los Recreos? ¿Sería lo bastante artista para comprender y sentir Toledo? Alfonso Gil pedía sólo ir con una mujer que sintiera al unísono de él...

No quería tampoco ir a Toledo *en plan de juerga,* como iban muchos señoritos chulos de Madrid, amigos suyos, incluso Arauz o Lagos. No; Alfonso era lo bastante artista y respetuoso para no romper el encanto de Toledo con los chillidos histéricos y los arranques zafios de una suripanta madrileña; y no comprendía llegar a estas ciudades quietas y silenciosas de Castilla en un aborrecible *taxis* de alquiler, entre golfas chillonas y amigos ebrios, roncos de gritar...

No, nunca lo haría. Alfonso era además

incapaz de cometer un sacrilegio semejante, de profanar una ciudad vieja con juergas y parrandas de señorito chulo. Tenía a estas ciudades el respeto que se tiene a los templos. Y no concebía entrar en la catedral de Toledo con una suripanta madrileña... Aunque se hubiera entibiado o evaporado la fe de la infancia, guardaba un gran respeto al culto católico.

Para comprender este estado de alma hay que haber nacido en la ortodoxia y haberse separado de ella suavemente, sin desgarramientos externos, pero en trágicos combates con el fantasma de la fe; haberse divorciado de la religión tras todas las escenas psicológicas consiguientes a un drama íntimo, cual es todo divorcio. Hay que haberse criado a los pechos del catolicismo y luego haberse desgarrado de este seno maternal con honda amargura...

Hay que haber nacido en una de esas vie-

jas ciudades levíticas, llenas de campanarios de conventos; en una de esas viejas ciudades donde las pisadas resuenan lastimeramente sobre las losas de las calles angostas; hay que haber pasado la infancia en una de esas viejas ciudades castellanas donde a cada paso nos detiene al portalón de un convento de monjas, las escalerillas de piedra que dan acceso al atrio de una iglesia; hay que haber vivido años y años en unas ciudades donde las campanas ponen el alma sombría, y haber subido con nuestra madre a confesar todos los sábados con el señor penitenciario, bajo las naves lóbregas de la catedral, y haber asistido con fervor a las procesiones de Semana Santa, y haber visitado los obscuros templos que guardan recuerdos de los siglos pasados, y haber sentido toda la inmensa y fuerte y trágica poesía del catolicismo... Y luego de haber renunciado a él sintiendo palpitar dentro de las entrañas el corazón de Europa.

Hay que haber pasado una infancia casi monástica, como había sido la de Alfonso Gil en la recia ciudad de Castilla la Vieja, y haberse imbuído de los más rígidos principios religiosos; haberse comportado con arreglo a la más pura y austera moral católica; haberse vinculado íntimamente con el dogma, y luego, haberse emancipado entre un desgarramiento nervioso de fibras íntimas; haberse vencido a sí mismo en trágicas luchas con el fantasma de la fe; haber batallado a brazo partido con todos los prejuicios y con todos los más íntimos y adorados afectos; haber arrostrado la guerra doméstica, renunciar a la buena reputación entre las personas más caras a uno; haber sacrificado el porvenir, la brillante carrera, el sólido bienestar; haber abdicado de todo en aras de la sinceridad...

Hay que haber sentido todo esto para saber cuán triste y melancólico respeto inspi-

ran estas ciudades viejas y estos templos desiertos...

Por fin decidió ir a buscar a la actriz para invitarla a la excursión. Vivía Amparo Mendoza—que era el nombre de la figuranta—con su madre, ya achacosa y podágrica, en un entresuelo obscuro de la calle del Espejo, melancólico rincón del Madrid viejo; barrio que deleitaba singularmente a Alfonso Gil por ser un barrio arcaico y con fisonomía propia, que conservaba aún su sabor añejo, a pesar de estar enclavado en el centro de Madrid, y que guardaba recuerdos tan emocionantes entre sus piedras viejas como la vivienda donde el infortunado Larra puso fin a su desbaratada existencia...

Aceptó Amparo Mendoza, encantada, la proposición del viaje, porque, a más de ser antigua amiga de Alfonso Gil, estaba ahora libre de contratos teatrales... y de la presión de un protector, el orondo y lucio burgués

don Ruperto Carande, que andaba por tierras de Valencia buscando el medio de alquilar un teatro para brindárselo a la gentil Amparo... Además, se regocijó mucho la actriz de que Alfonso Gil viniera a buscarla para una excursión de esta índole, si no por el encanto de la excursión en sí, por la distinción que suponía de parte de Alfonso, pues era tanto como decirla que la consideraba como una mujer culta, como la única amiga lo bastante inteligente para acompañarle a una excursión de turismo sentimental y artístico.

Dígase también la verdad; hacía mucho tiempo que Amparo Mendoza suspiraba por estrechar los vínculos de amistad con Alfonso Gil, muchacho que tenía para ella fama de rico, que era desde luego galante, emprendedor y resuelto, cuyo tipo moreno y robusto, de mediana talla, le agradaba, y que, a mayor abundamiento, estaba ornado

en el mundo femenino madrileño de una reputación poética de hombre de gran partido entre las mujeres...

Lo había conocido trabajando ella en el Coliseo de los Recreos, una noche en que habían ido allá, en aluvión, a una platea, varios amigos del Club, después de una cena copiosa, regada con Chianti y Borgoña y salpimentada con anécdotas picantes de solteros... Celebrábase la despedida del estado celibatorio y la consiguiente escisión del grupo del más ingenuo colegial de todos ellos, de Pepín Sánchez Carrillo, hijo del acaudalado banquero abulense que había sido cazado en las lagoteras redes de la hija de la marquesa de Garci-Muñoz.

Uno de los amigos del grupo conocía a la primera dama joven de aquel teatro, y quiso presentar a los camaradas. En el *camerino* de esta actriz, que era una rubita insignificante y menuda, estaban reunidas las pri-

meras partes de la compañía. Fué presentándolas a los camaradas del grupo; había morenitas alegres y pizpiretas, rubias lánguidas, jamonas opulentas... Alfonso Gil se dejó impresionar principalmente por los ojos de almendra, grandes y aterciopelados, por el cutis fino y el cuerpo esbelto de Amparo Mendoza, a quien le presentaron como una belleza valenciana, y por ende inaccesible, casada con un melancólico actor cómico que andaba siempre disociado de ella, en otras compañías; cuando ella en Madrid, él en Barcelona; cuando ella en Valencia, él en La Coruña; como si existiese entre ellos un divorcio latente y secreto *quoad thorum*... y *quoad escenam*.

Apenas presentada Amparo Mendoza, simpatizaron tanto ambos, que se inició entre ellos un *flirt*, uno de esos *flirts* rápidos, sugestivos y cautivadores que preceden inmediatamente a la declaración y a la seducción.

Amparo aceptó una entrevista al día siguiente en el cuarto de soltero de Alfonso, y a los tres días cenaron juntos en *Los Burgaleses,* transgrediendo todas las leyes estatuídas y burlando al marido ausente, que gesticulaba entre tanto en el teatro Tívoli de la ciudad condal.

Pero en seguida Alfonso Gil se retrajo y no siguió cultivando la amistad de Amparo, lo cual solía acontecerle en muchas de estas aventuras pasajeras, en las cuales rápidamente sentía un cansancio extraño, dimanado de los hondones del alma, allá en lo subconsciente, como si hubiese en su espíritu una aridez oculta que secase todos los manantiales de emoción...

Pero Amparo Mendoza, a pesar de aquel desvío y de aquella interrupción de la amistad, buscábale y preguntaba por él cada vez que volvía a Madrid, pues no olvidaba jamás su gentil comportamiento con ella después de



iniciado el leve y fugaz devaneo... Dado este antecedente, no ha de añadirse cuánto se alegró la muy taimada al verle volver a su redil y ser él quien la buscaba y la solicitaba para una excursión de placer...

Alególe algunas compras que había de hacer, de sombrero y abrigo de viaje, pues ahora, remoto el protector, habíase dado al dispendio, y estaba, desde una semana antes, desamparada y sin pecunia...

Salieron juntos en el coche del Club que llevaba Alfonso Gil, e hicieron las compras de que Amparo había menester o decía haberlo. Por la noche cenaron en amable intimidad en un rinconcito perfumado y tibio de los comedores de Maxim's y se retiraron temprano, después de tomar café, citándose para las siete y media en la estación del Mediodía.

El tren salía a las ocho. Era una mañana frígida de noviembre, precisamente el día

último de mes... Una ligera neblina cubría Madrid, que estaba más poético, más envuelto en misterio entre la cendrada opacidad de aquel velo neblinoso en que se arrebujaba... La niebla parecía un mantón de chal sobre los hombros de la castiza manola que es la Corte de los Felipes. En vez de aparecer con toda su crudeza de ciudad desgarrada y chula, a la luz del vivo sol de sus tardes de invierno, estaba así más recatada, más pudorosa, más linda...

—Mañana de niebla, tarde de paseo—dijo Amparo cuando se encontraron en la estación.

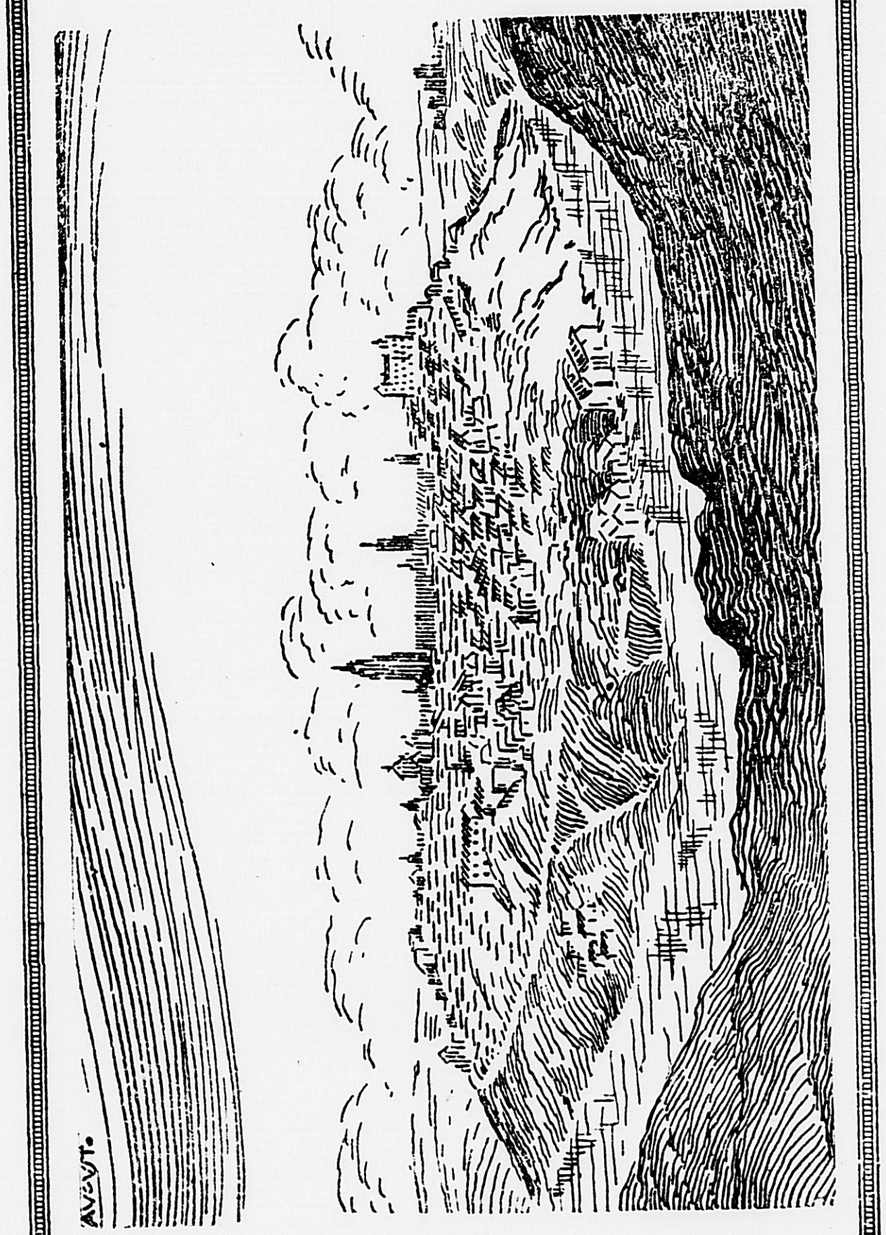
—¡Qué agradable hubiera sido hoy comer en Parisiana... al sol!...

—O en el Campo del Recreo y marcarse un schotis...

IV

La niebla, en efecto, matutina y ligera, anunciaba un glorioso día de sol y de cielo azul... Según el tren avanzaba, el sol iba poco a poco enseñoreándose del horizonte, dándole ya la tonalidad áurea de un dosel de gloria, y el día iba entibiándose lentamente, perdiéndose aquel friorcillo sutil de las mañanas invernales, que es como el residuo del relente de la noche...

El tren cruzaba los campos secos y áridos que rodean Madrid por el Sur. Pasaban velozmente los trigales amplios, los pueblos dormidos en la llanura: Esquivias la señorial, donde vivió la novia de Cervantes; Par-



la, Mocejón, todos esos nombres sonoros y arcaicos...

Llegaron a las diez ya de una mañana espléndida...

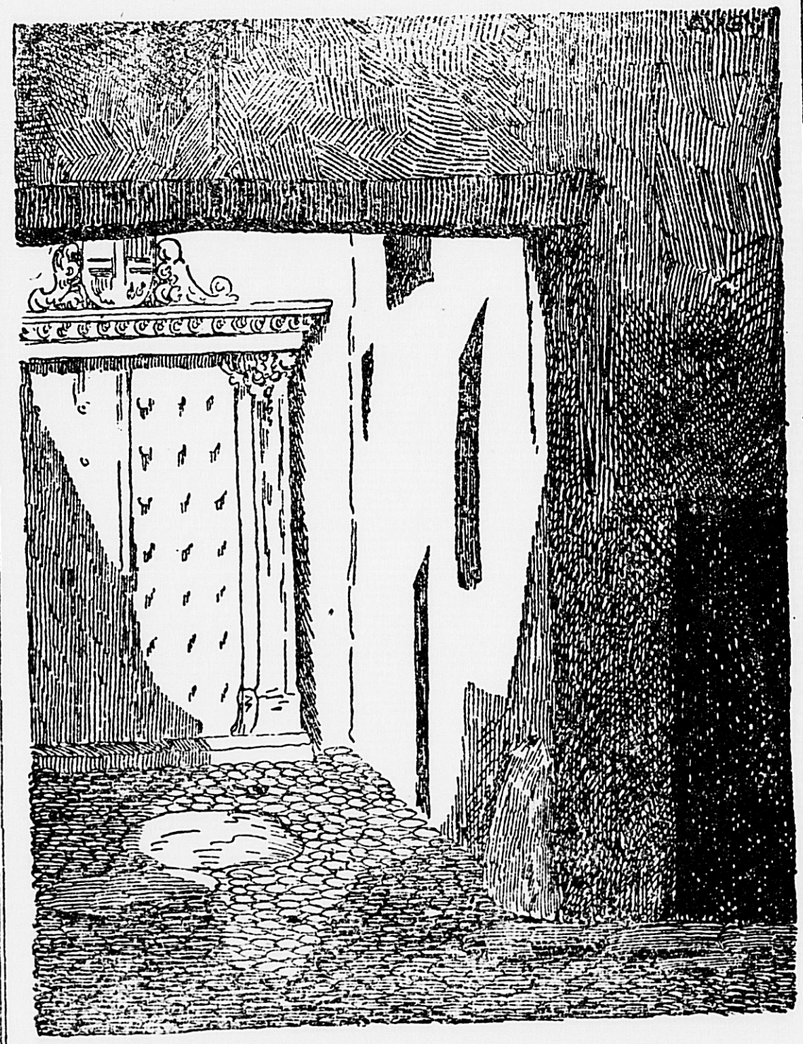
¡Silencio, paz y sol!... Esta era la impresión de Toledo en aquellas mañanas sosegadas y tibias del otoño. Toda la ciudad se concentraba en eso: silencio enorme de las calles en cuesta, batidas por el sol; paz en el interior de los patios en sombra, en algunos de los cuales resonaba un piano ejecutando un motivo de Albéniz o de Granados; sol en toda la ciudad, sobre las piedras de las calles pinas, sobre los caserones obscuros, roídos por los años y por el moho...

Habíanse recogido en cuanto llegaron en una casa que allí tenía un lejano pariente de Alfonso, antiguo procurador de los Tribunales, que siempre lo acogía complaciente en aquellas visitas fugaces. Era un viejo solterón sin familia, que había sido un gran di-

sipador de su juventud y de su dinero con horizontales madrileñas... Tenía ahora a su servicio una criada vieja, que le cuidaba la casa, un caserón antiguo y destartalado, con un patio típico, en la melancólica calle del Nuncio Viejo.

En el patio, entre los azulejos y baldosines claros, ponían su nota de frescura y de jardín una enredadera y dos palmeras enanas. En aquel patio quiso pasar Alfonso la mañana en reposo, con Amparo enfrente, en una mecedora, en la que se balanceaba lánguidamente.

De vez en cuando se abría la puerta; era un arriero que ofrecía agua de Cabra Higos o bien el arenero que pregonaba su mercancía. En el patio, cubierto por un toldo, entraban unas ráfagas de sol al abrirse la puerta. Era como una bocanada de vida de la ciudad; luego, otra vez la soledad, el silencio, el recogimiento. Turbaban de vez en



cuando este silencio las campanas de un convento con su son fascinante y sugestivo, en variaciones de tono que daban a este son un aire de música de concierto...

A la hora de comer, el procurador asmático y gotoso les hizo los honores de su casa. Hablaba en un delicioso castellano arcaico, con una nitidez y una precisión de contornos en cada párrafo que asombraban a Alfonso, acostumbrado ya al lenguaje abigarrado, cosmopolita y a la vez chulo, veteado de exotismo y de timos plebeyos, que se usa en Madrid.

—Vais a comer pimpirranas, que decimos aquí—les hizo observar al comienzo del clásico yantar.

—¿Qué son pimpirranas?—preguntó Amparo, fisgona.

—Salpicón... las más veces..., que diríamos en lenguaje cervantesco.

A los dos amigos, lo mismo Amparo que

Alfonso, les deleitó este yantar clásico. Después del salpicón se les sirvió pescado.

—Bonito... ¡Cómo me gusta este pescado!—dijo Amparo.

—Aquí cuesta trabajo comerlo, porque el bonito, aunque te parezca una rareza, tiene siempre... cara difícil—objetó el procurador.

—¡Qué buen humor tiene usted siempre, tío Ambrosio!...—dijo Alfonso Gil.

—Pues ahora vais a probar una buena cosa—dijo don Ambrosio—. Un pisto de calabacín que hace ésta a las mil maravillas...

Amparo se deleitó paladeando este plato singular, que tenía todo el frescor y el jugo de la rancia Castilla. A los postres les sirvió un dulce de ciruela exquisito, que le hacían a él expresamente (por haberlas ayudado mucho en un litigio famoso con la Diputación) las monjitas de Jesús y María, unas monjitas pobres de toda solemnidad, que se dedicaban a lavar ropa para las casas ricas y fa-

bricar con dedos primorosos conventos en miniatura...

Cuando estaban terminando de comer llegó un viejo labrador de los alrededores, el tío Faustino, que venía a consultar al legista uno de esos eternos tiquismiquis agrarios que los labradores traen con sus vecinos. Este hablaba un lenguaje aún más puro y pulido que el de don Ambrosio.

Era un campesino recio y fornido, de manos callosas y ásperas, camisa planchada con chorreras en medio, sombrero ancho y un garrote enorme en el puño... Hablaba pausada y quedamente.

Don Ambrosio le preguntó por el tiempo, que le preocupaba por el reuma, pues su cuerpo era un barómetro, que obedecía a las variaciones de la temperatura.

—¿Hoy corre viento Levante, Faustino?

—No, don Ambrosio, es Norte... Hace días que sopla viento gallego, si no me engaña la veleta de Santo Tomé...

—Bueno, ahí va un vaso de buen vino; bébelo en honor de estos señores forasteros; es jerez de mil ochocientos sesenta y dos, que guardo en la bodega y que sólo saco en los días en que repican gordo...

Con sus ochenta años, el tío Faustino estaba recio como un roble; bebía una botella sin pestañear y fumaba fuerte...

—¿Por dónde tiene usted la casa ahora? —díjole Alfonso, que le conocía de visitas anteriores.

—Conforme se va a las puertas de San Juan... Es una casa grande, con cuadras boyerizas y huerto bien regado, todo muy servible.

—¿Cómo va la venta del trigo?—dijo don Ambrosio—. Ahora os la restringen, ¿no?

—Sí; pero es lo que yo le he dicho al señor gobernador: pagan unos por otros... Yo ya le he dicho a él, que me preguntó cómo no hay pan bastante dándose este año

buena cosecha de trigo... Donde he vendido el trigo, que vaya a comprar el pan. Pues puedo acreditar cómo he entregado aquí el trigo en la tahona del Isabelo. Si de esas manos pasa a otras, eso ya no me incumbe... Les conté a mis compañeros de la dehesa la plática con el gobernador... Y mis compañeros se regorjeaban de esta conversación, riéndose mucho de esos señores de Madrid (que me dispense este señor presente) que vienen aquí de mandones y no entienden las cosas del campo... Al campo hay que entenderlo; es como las mujeres—y la señorita me dispense—: unas veces castigarlas con vara de fresno, y otras mimarlas con mucha dulcedumbre.

—Bueno, Faustino; nosotros, con permiso de los señores, vamos a ver este asunto —dijo don Ambrosio—. Digo, porque supongo que tendrás prisa de irte a la Dehesa. Aunque tienes allí a tus hijos... ¿Desde cuándo no has ido por allí?

—Desde antier tarde. Ahora que salga de aquí voy a Azucaica por paja... Conque con Dios, señores...

Después que se despidió el tío Faustino, salieron Alfonso y Amparo a recorrer la ciudad, la ciudad que guarda los secretos de las edades pasadas y que es el más selecto archivo del arte español; ciudad semimorisca y semicristiana; ciudad verdaderamente mozárabe, que en tardes nubladas tiene toda la severidad de Burgos o de Palencia, todo el ceño adusto de Castilla la Vieja, y en momentos plácidos de mañanas de sol parece una ciudad andaluza...

Ante el convento de San Juan de la Penitencia, Alfonso Gil sintió toda la emoción intensa de misticismo que da esta plaza solitaria, con el vasto monasterio en medio, rodeando y ciñendo en su abrazo de piedra tres calles, proyectando sus muros macizos y negruzcos sobre aquellas angosturas... Otro

momento de fuerte ráfaga artística lo obtuvo ante San Pablo, un rincón escondido frente al río, hundido en la parte más baja y rastrera de la ciudad; enorme caserón de convento de un perímetro vasto y donde se diría que no habita nadie...

Por la noche recorrieron el barrio de San Andrés, santo del día. En honor del patrón parroquial, el barrio, humilde y pobre, celebraba fiesta religiosa y verbena. Presenciaron el final de una novena melancólica, en la cual oficiaba un cura grueso y rechoncho entre dos curas altos y pálidos, como una manga parroquial entre dos ciriales... A poco salió a la calle una procesión triste y sin pompa, como de una festividad modesta que estaba confinada en aquellos aledaños... Tras los presbíteros que habían oficiado en la iglesia, marchaban tres o cuatro congregantes, hombres de edad madura, severos, con trajes obscuros, el escapulario sobre el pecho y un



cirio en la mano... Después iban los grupos de congregantas, jovencitas de trajes claros y de sombrero unas, de trajes obscuros y de mantilla otras, los lindos ojos toledanos punteando bajo las mantillas... Luego, las mujeres maduras, solteronas decepcionadas, pero sin dote o sin salud o sin voluntad bastante para entrar en un convento...; o casadas de las que no encontraron la felicidad en el matrimonio y la buscan en el misticismo...

Cuatro fornidos jayanes portaban en andas la imagen del santo, que se bamboleaba en su cruz en forma de aspa, con aquella especie de crucifixión al revés que el destino reservó al apóstol Andrés, hermano de Pedro...

Llevaba la manga parroquial un sacristán tuerto, y los ciriales, dos monaguillos morenitos y traviesos, que guiñaban el ojo a los golfillos callejeros, sus amigos, y tiraban del



rabo de las pieles a las congregantas... Dos figuras arrancadas del Murillo del Louvre, el único Murillo noble.

En la plaza del Seminario Conciliar la procesión se detuvo largo rato, rezando en voz alta antífonas latinas los clérigos, e inflamados motetes las congregantes... Luego siguió calle de Santa Isabel abajo, en un ritmo lento y solemne; las muchachitas sonreían a los transeuntes, que cruzaban con ellas saludos y madrigales; una banda de música inverosímil, en la cual imperaban los recios estampidos del trombón y de fagot con un terciopelo de flauta y unas agudas notas de cornetín, acompañaba a los cánticos de las muchachas y de los clérigos, más monótona en la clara tarde de sol...

Alfonso Gil pensaba cuán bien les iba el misticismo, hasta en sus formas más externas de liturgia y rito, a las españolas; cuán linda estaba una muchachita castellana con

mantilla, escapulario y cirio; la piedad y la devoción las embellecía; ¿acaso en el fondo estas españolitas no habían nacido sino para el misticismo, para el convento?...

Después de cenar en el hotel del Lino, en aquel típico barrio trocado en comedor, volvieron al barrio de San Andrés, donde se celebraba una verbena. Las domésticas y las modistillas bailaban con los menestrales del barrio al compás de un organillo, que metalizaba—¡oh profanación ante los sacros y tristes muros de la vieja iglesia!...—los compases de un schotis de una zarzuela recién estrenada en Apolo: *El capricho de una reina.*

"¡Ay, qué mandarina me ha tocado en el sorteo,
de esas que en la plaza dan catorce por un real!..."

Los chiquillos corrían detrás de dos gigantones y cabezudos que por allí hacían diabluras pueriles y contorsiones grotescas...

Alfonso Gil salió muy asqueado de aquel espectáculo zafio y plebeyo, que perturbaba la sensación de misticismo, quietud espiritual y recogimiento en Dios que da la ciudad del Greco... Al regreso entró por el callejón de Jesús y María a oír las voces de las monjas de aquel convento, que a la una y media todas las noches cantaban en el coro con voces mimosas y plañideras. Era una noche de luna clara y fría, noche que invitaba al amor; y las dulces y humildes monjas, como tantos años antes, como siempre, allí estaban indiferentes al grito de la Naturaleza, allí estaban cantándole salmos al Dios de David, en un latín que no entendían y que gangueaban... Pero ¡qué emocionante era, en medio de la ciudad dormida, llena de rejas floridas, donde tantos novios se arrullarían a esas horas bajo la luna clara, el grito de aquellas mujeres españolas, todas con un fondo de ardiente apasionamiento, renunciando al vano amor

del mundo y elevando sus quejas al Esposo de los cielos, filtradas en un rayo de luna y ascendiendo al firmamento fuliginoso, entre los sones inarmónicos de un órgano cascado y viejo!... Las Sulanitas cristianas, encerradas allí por amor del Esposo, que no muere, eran un espectáculo que emocionaba a Alfonso Gil intensamente.

Trató de transmitir a Amparo esta emoción, y se encontró con la decepción descorazonante de que Amparo le decía, prosaica y burda, como deseando estallar en protestas hacía mucho tiempo:

—Mira, chico, a mí déjame de excursiones artísticas, de rejas, de lunas y de tías brujas de estas que cantan en los conventos... ¡Si las conoceré yo, que las padecí tres años en el colegio!... Llevo los pies hechos un martirio por estas cuestas de Toledo... Vamos, vamos a descansar al hotel...

V

"El último beso me ha hecho perder el primer tranvía", venía muchas veces repitiéndose mentalmente Alfonso Gil a la salida de casa de Manolita, en las mañanas frígidas de invierno... Muchas mañanas, por detenerse embelesado a lambisquear en los labios rosados de Manolita, que, medio adormecida, le repetía las usuales ternezas de niña, perdía la ocasión de alcanzar el primer tranvía, que salía a las seis y diez en punto y que le conducía de un extremo a otro de Madrid, desde cerca de casa de Manolita hasta su barrio.

En ese tranvía solían venir tipógrafos de

imprentas de periódicos, obreros que iban al centro y esas monjitas enternecedoras que salen muy temprano a comprar en los mercados la comida para los conventos y hacen antes escala en dos o tres iglesias. Todos iban arropados, ateridos de frío, con el temblequeo propio del que madruga y acaba de ablucionarse con agua helada...

A esa hora ya los coches del Aero-Club se habían retirado, y cuando pasaba por la calle de Alcalá, encontraba la acera del Suizo muda y desolada...

Coches de plaza era muy difícil encontrarlos en los alrededores de casa de Manolita, a quien Alfonso Gil había escondido en los suburbios de Madrid, en un entresuelo menudo y coquetoncillo de la calle de Alcántara, frente a la estación de Goya de los tranvías... Por aquellos aledaños ni a las cinco ni a las seis de la mañana circulaba coche alguno, a no ser por casualidad. Alguna que

otra vez, cuando salía de tres a cuatro, sentía rodar por la calle de Alcalá, volviendo de las Ventas del Espíritu Santo, un coche desalquilado, con el caballo llevando ese rodar indolente y laxo de los coches en disponibilidad...

Pero la mayor parte de los días no veía en lontananza vehículo alguno, y si eran las tres o las cuatro había de ir a pie, por lo menos, hasta la calle de Alcalá, por la altura de Velázquez o de Lagasca, donde solía encontrar algún coche retrasado que volvía de traer alguna entretenida misteriosa por aquellos coquetones barrios; y si salía de casa de Manolita ya a eso de las cinco, entonces bajaba hasta la calle de Claudio Coello y esperaba hasta las seis el primer tranvía del Retiro a Argüelles, que por los bulevares corría velozmente entre los faroles mortecinos que se extinguían... Este tranvía, rápido y cómodo, poníale en diez minutos en su domicilio, que

era en la calle de Rodríguez San Pedro, en una casa nueva y elegante...

Al regreso a su casa solía hacer casi siempre una observación que le disgustaba y le mortificaba, vejándole en su dignidad de hombre. Rara era la madrugada que no encontraba en la esquina de Galileo y su calle a una camarerita muy linda, morena salada, de ojos agarenos, charlando amorosamente con su galán, mocito pinturero, de tipo plebeyo, pero de gallarda apostura, con facha de ebanista o de tipógrafo... El muchacho hablábale siempre muy lagoteramente; se veía que estaba enamorado y que, por hablar con su novia, se levantaba a las cinco de la madrugada para esperarla en la esquina a la hora en que ella volvía de su trabajo...

Más que trabajo, mercancía de su cuerpo era lo que venía de hacer Solita, que así se llamaba, según averiguó por el sereno, que, como todos los vigilantes nocturnos, estaba

enterado al detalle de las vidas y haciendas de sus vecinitas. Estaba sirviendo en un bar de la calle de la Victoria, donde "alternaba" con los parroquianos, lo que quiere decir en buen romance que chalaneaba con unos y con otros, azuzando a aquél y excitando al de más allá para yacer luego con el que más le complaciese mediante estipulaciones previas.

Y aquel pobre muchachito la esperaba a la vuelta de su ruin tráfico con la misma emoción con que esperaría un estudiante del Bachillerato a su novia provinciana a la salida de misa de doce... Hablaba con él una media hora, y entre arrumacos, zalamerías y protestas de cariño, íbase despidiendo de él por estar rendida de sueño... El sereno le abría la puerta y el novio la despedía incansablemente con saludos expresivos, besos prendidos en la mano y otras lindezas... Y doblaba el pobre menestral la esquina emocionado,

saturado de cariño para toda la jornada trabajadora, ágil y listo para la labor, merced a esta ablución sentimental de la madrugada.

Entonces, invariablemente, tras los visillos de su balcón, Alfonso observaba la siguiente escena, repetida todos los días: Cerraba o fingía cerrar la puerta el sereno, quedaba cinco minutos apostado allí mismo, y en cuanto sentíanse más lejanos y sordos los pasos del obrerito, perdiéndose calle de Galileo abajo en dirección del Bulevar, salía agazapada y rastrera la camarerita, miraba desconfiadamente, recelosa de una emboscada, por los aledaños de la calle, y marchaba aprisa, muy embozada en el mantón, hacia la calle de Blasco de Garay, en cuya esquina le esperaba otro hombre: un tipo característico de chulo, con pañuelo de seda al cuello y gorra de plato, pantalón muy ceñido y calzado flamante.

Todos los días se acostaba Alfonso bajo

la impresión desconsoladora y como infamante de aquella escena. Aunque, naturalmente, le tuvieran sin cuidado la camarera y sus amantes, le indignaba aquella farsa cotidianamente repetida, aquella jugarreta hecha al pobre obrerito laborioso que, después de un cuarto de hora de cortejo sentimental, íbase feliz y saturado de emoción a su taller, rebosándole la alegría por el semblante, mientras la bribona de su novia marchaba a la otra esquina en busca del chulo, con quien volvía luego a casa a encerrarse con él muy en lo hondo de la alcobita interior en que moraba, a embeberse de amor y de caricias carnales, a esa hora propicia de la madrugada, en que las mujeres son más cálidas y deliciosas, más arrulladoras, más infantiles; a esa hora en que todas tienen algo de niñas, con la trenza suelta y la voz mimosa y balbuciente; a esa hora propicia al pecado y a lo prohibido; a esa hora que evoca el cantar popular andaluz:

A la madrugaíta,
a eso de las cuatro,
cuando yo tenía a mi compañerita
dormiíta en mis brazos...

Asqueábale de tal modo aquella cotidiana comedia, que él por acaso presenciaba, que ganas le dieron de llamar alguna vez al obrerito y abrirle los ojos y darle luz sobre su situación desairada ante aquella mujer... Pero ¿quién le metía a él a redentor de cautivos?... ¡Para que lo tomase a mal el menestralillo y creyera que era una jugarreta de señorito ventajista para birlarle a la novia!...

Pero si no se decidía a informar al obrerillo burlado, sentía en su interior unas bascas, una repugnancia tal por el sexo todo, que tales artimañas y tretas conocía y empleaba para satisfacer sus apetitos y mentir a los dos a un tiempo. En aquellos momentos sentíase misógino y odiaba profundamente a la mujer en conjunto, a la mujer artera,

solapada y ruin, capaz de todas las canalladas y de todas las traiciones...

Execraba al sexo, lo apostrofaba mentalmente y solía dormirse, como en señal de protesta, con un libro de Schopenhauer, de Nietzsche y de Tolstoi, con uno de esos grandes pensadores misóginos, que han hecho ver tan claro en el sexo femenino a tantos hombres incautos...

Pero, generalmente, al cerrar el libro y apagar la luz no podía dormirse. Padecía una o dos horas de insomnio tenaz y torturador. Febrilmente pensaba en Manolita. El caso de la camarera bribona le hacía pensar, por una desviación fatal de la curva de su pensamiento, en su amante de ahora, plebeya e inferior a él en clase y educación...

—¿Y si Manolita fuese otra igual a la camarera, que le tuviese a él por su conveniencia como amante oficial, pero que en el fondo de su alma añorase el amor burdo y

soez de un rufián, de un chulo de barrio bajo?... Bien era verdad que él la vigilaba constantemente, no la dejaba ni a sol ni a sombra, llegaba siempre sin previo aviso, no le anunciaba el día antes las horas del día siguiente, y nunca le había pillado en una hasta entonces... Pero ¿y si a la madrugadita, después que él se marchaba, ella, que, al parecer, quedaba tan arropadita, tan voluptuosamente perezosa en el lecho, saliéndose a la calle con su mantoncillo de crespón a buscar al chulito, que acechase su salida en la esquina?...

Otros días, allá en lo subconsciente, su experiencia de amante protestaba. Al fin, no había motivos para pensar así de Manolita, que nunca le había dado el menor resquicio a la sospecha; precisamente su cualidad primordial, pregonada hasta por sus propias amigas, envidiosas de su suerte, era una fidelidad férrea, inconmovible, sólida...

Pero luego, otra idea diabólica le burbujeaba en el cerebro y le somormujaba en la boca:

—No; no había que confiarse; había que estar en guardia, vigilar constantemente, no mecerse nunca en el blando arrullo de la credulidad... Al fin, Manolita era de extracción plebeya; desde los diez y nueve años había rodado por Madrid y tenía veintidós; había conocido cinco o seis amantes; tenía la misma educación y la misma cultura que la camarera de la vecindad; había sido camarera ella misma una temporada de seis meses...

Decidió, por el pronto, como primera medida preventiva, traérsela por aquellos barrios. Con ello iba ganando en comodidad para sus noches y en confianza, teniéndola así más cerca, más propicia a las sorpresas, a los asaltos y a las asechanzas... Anduvo dos o tres días buscando cuarto por aquellos aledaños. Encontró, al fin, un monísimo piso

primero en la calle de Guzmán el Bueno, esquina a la de Meléndez Valdés, a cuarenta pasos de su vivienda. Allí se trasladó Manolita con su niña en los primeros días de diciembre...

VI

Alfonso Gil dedicóse por entonces a vigilar tenazmente a su amante, con la obstinación y las sinuosidades de un *detective*. Iba a horas insólitas, desacostumbradas, sorprendentes... Por ejemplo: un día salía de casa a la madrugada, y no se acostaba; se entretenía tres horas en el despacho, a leer hasta las nueve; y cuando ya el sol iba alto, volvía a casa de la querida, poniendo el llavín en la puerta bruscamente, sin aviso ni llamada... La encontraba durmiendo plácidamente, rendida después de la nocturna batalla de amor; ella ni le sentía abrir la puerta, por donde él escurría la llave muy suave y muy calladamente...

Le era muy grato despertarla de un beso depositado sobre la boca, siempre fresca; sobre el cutis, más fino, y sobre el semblante, más lindo que nunca a esta hora matinal. Ella se pasaba la mano por la cara, herida del rayo del sol que entraba por el cristal de la ventana abierta, y se sorprendía de encontrar allí a su Poncho. Pero Alfonso simulaba siempre algún quehacer matutino que le había hecho no descansar más que dos horas en un diván...

Por las tardes también solía entrar en la casa a horas desusadas, a la caída del crepúsculo; luego, a las diez de la noche, que era la hora habitual de cenar para Manolita. A esas horas solía encontrarla, si no estaba en su piso, en casa de alguna vecina que con ella *cotilleaba* largamente acerca de lo cara que está la vida y de lo granujas que son los hombres...

Una noche fatal llegó a las nueve y me-

dia, creyendo fijamente encontrarla y con intención de invitarla a cenar en alguno de los pomposos y turbulentos cafés de barrio que esmaltan la glorieta de Bilbao con la cristalería de sus ventanas y el abigarrado conjunto de sus parroquianos...

No estaba Manolita. Una vecina entrometida, fisgándole por el resquicio de la puerta, le gritó:

—Ha salido como a eso de las siete, ya muy anochecido...

—¿Usted la trata mucho a Manolita? —inquirió inquisitivo.

—Nos tratamos, pero de medio lado—replicó la comadre con sonrisa irónica.

—Pero, en fin, ¿usted no la conoce de antes? ¿No ha sido amiga de ella?—replicó torturado, indagante.

—No; la verdad, como tratarla, no la he tratado como amiga, sino sólo como vecina; otra vez que vivimos juntas en el paseo del

Rey, cuando ella vivía allí con un militar...

—¿Y qué concepto tiene en la vecindad Manolita?

—¡Hombre con don Alfonso! ¡Qué preguntas!... Como concepto, bueno, dentro de lo que puede tenerlo una mujer que se ha perdido. Su conducta es otra cosa que el concepto; la conducta, hasta ahora, es buena—arguyó, sinuosa y sutil, la vecina, subrayando mucho lo del concepto y lo del hasta ahora la relatividad de la conducta en una mujer de este calibre.

—Sí—dijo Alfonso, como confortado y aliviado de un peso—. Manolita es buena muchacha y se porta bien conmigo...

—¿Y cómo había de portarse, don Alfonso?—arguyó la vecina con una lógica aplastante, que le recordó a Alfonso la de su amigo Muñiz—. Haciendo lo que usted hace por ella, no tendría perdón de Dios si le faltara a usted...

De pronto se detuvo, y notando que había incumplido una regla de cortesía no invitándole a entrar en su casa, le convidó ahora con grandes aspavientos.

—Entre, don Alfonso; entre un momento a esperar aquí hasta que venga la Manolita.

—No; muchas gracias, por Dios...—insinuó Alfonso.

—Entre—insistió la vecina—; no tenga reparo... La casa es pobre, pero limpia, y no hay peligro de que nadie se enfade por verle aquí... El mío no viene hasta las diez y media, que es cuando libra en la imprenta para que entre el turno de noche... Y supongo que antes habrá venido la Manolita—subrayó con retintín.

—Así lo creo. Lo peor es si ella se enfada al ver que he entrado aquí—insinuó diabólicamente.

La mujer bajó al suelo los ojos, que los tenía muy rasgados, negros y expresivos.

Entonces fué cuando Alfonso la miró. Era una mujer como de unos treinta años, delgada y esbelta, con el cutis macerado por el sufrimiento y la desnutrición, pero aún conservando unos lindos ojos, una boca fresca y un cuerpo bonito, que se cimbreaba bajo los ondulados pliegues de una bata casera.

Alfonso vió en aquella hembra de trabajo y de placer la posible presa carnal al cabo de unos días; y todavía insinuó hipócritamente:

—No sé... No me atrevo a entrar... Es tan celosilla la Manolita...—dijo Alfonso.

—Ya lo sé, ya, que es celosilla. ¡Le hacía unas escenas al militar!... Pero ¿le tiene usted miedo? De mí no va ella a tener celos; una vieja como yo, ¡cómo se va a comparar con una muchachilla fresca y joven!...

—Vamos. ¿Vieja? No coquetee usted —dijo Alfonso, insinuante—. Está usted guapísima... Y poco loco que estará con usted el tipógrafo...

—No lo crea usted; es un hombre muy frío... Un hombre especial... Pues si no diga usted; la Manolita está muy guapa ahora...

—Por eso que está guapa me preocupa un poco su conducta...

—Pero, ¡por amor de Dios!, ¿cómo cree usted que le va a faltar a usted, un hombre joven, guapo, elegante...—y se ruborizó levemente—, que le da además todo lo que ella necesita, que la tiene como una princesa, que la tiene como ya quisieran estar muchas casadas?...

—Pues sí, no está mal; pero, a pesar de ello, hay muchas mujeres que faltan.

—Esas tienen ya que ser unas grandísimas desvergonzadas, unos pendones, unas chulas... Estando bien con un hombre como Dios manda, ¿por qué se le ha de faltar?... Si fuera como yo, que un día como y otro ayuno... Y a pesar de eso...

—¿Sale mucho Manolita?—volvió a interrogar Alfonso, abordando el tema capital para él.

—Como salir, no sale más que un rato por las tardes, con la niña... a tomar el sol por la Moncloa...

—Sí; ya me ha dicho...—dijo Alfonso por no hacerse de nuevas.

—Ahora, que lo haga por la calle..., eso ya lo saben ella y Dios—deslizó todavía, insidiosa, la vecina, que se llamaba Magdalena.

—Hombre, supongo que se portará bien. ¿Usted cree?...

—Como entrar en esa casa, no entra más hombre que usted—respondió, esquivando la respuesta directa.

—De todos modos, simpática vecina, ya que ha sido usted tan amable hoy, yo le agradeceré que me siga investigando lo que sepa... Y créalo usted que seremos buenos amigos...

Y antes de que ella pudiera protestar, le puso un duro en la palma de la mano, a la vez que se despedía diciéndole:

—Me voy porque siento pasos por la escalera, y no sea que sea ella...

Encendió la luz del comedor y entretúvose en fisgarle cartas y recuerdos que guardaba en el aparador. Todos eran pertenecientes a él, de su época más feliz, de los comienzos, cuando la perseguía con más avidez y más deseo, aunque con menos cariño que hoy... Las volvió a colocar en su sitio, porque no le interesaba remover cenizas de días pretéritos... ¡Cuán verdad era lo que había pensado siempre! No había momentos más bellos en la vida que los quince primeros días de una aventura...

Pasaron así dos horas en el registro de todos los cajones y gavetas de la casa, para dar con alguna prueba de indicios, alguna carta inculpadora... Alfonso se hallaba en

esa situación en que un amante apasionado a la vez teme y desea encontrar algún testimonio de culpabilidad para la amada... Se desesperaba de encontrar los cajones tan en orden, con la ropa extendida, plegada y bien planchada, sin que entre los nítidos pliegues de las sábanas o entre los flecos de las toallas se hubiese deslizado la clásica carta comprometedora... Aquella pesquisición atenta y desconfiada le fatigaba y le avergonzaba un poco...

Era ya media noche, y Manolita no venía. Alfonso había puesto todos sus baúles y gavetas en orden, y ahora la esperaba, ya desesperado, tras los visillos del balcón, acechando toda la línea de la calle desierta, con la única vibración de la linterna del sereno cruzándola de una acera a otra. En aquella calle excéntrica de arrabal, surcada de raros faroles, que traslucían de trecho en trecho, apenas cruzaba nadie, y sólo se oía de vez

en cuando las palabras de un vecino que se recogía pronto... Acudía el sereno, chirriaba la llave en la puerta y volvía otra vez a imperar el silencio en la calle ancha y recta, que se perdía en el campo, entre solares enormes y trozos de pavimento sin urbanizar...

Llegó al cuarto de hora de haber sonado las doce en el reloj de las monjas. Habían sido doce gemidos sordos, lentos, prolongados...

Venía alegre, con el rostro sonriente, muy encendido; el pelo, atusado y pomposo, como recién salida del tocador... Traía del brazo a la pobre niña, aterida de frío, encogida en su abriguito de caracul, con la carilla muy pálida y los ojos muy tristes, como de ver la suciedad y la miseria del mundo que le rodeaba... ¡Pobre niña, que desde la infancia vería tanta abyección, tanta venalidad, tanto sensualismo, y que conserva-

ría en su retina estas imágenes afrentosas de su niñez atormentada!...

Manolita fué a sentarse en el comedor con placidez, con un aire tranquilo y casero, como para poner la cena.

Alfonso no pudo contenerse; gritóle con voz enérgica y bronca:

—¿Son éstas horas de preparar la cena? ¿Es ésta la hora de cenar?...

Ella contestó con frialdad y displicencia:

—Todas las horas, para cenar, son buenas cuando se tiene apetito...

Alfonso se exasperó ante este tono de tranquilidad, propio de una mujer que no se reconocía culpable... Con inflexión de voz aún más cargada de ira le gritó:

—¿De dónde vienes?...

Ella, mirándole un momento a los ojos, entre una sonrisa falsa y torpe de mujer mala, contestó con desparpajo:

—De donde me da la gana. ¿Quién eres tú para preguntármelo?...

Fué un momento de angustia, en que la sangre se le subió a la cabeza; fué un grito de indignación y de protesta del macho ultrajado; fué un clamor de los instintos naturales; fué también el sedimento removido del señorito chulo español, con todas sus bajezas y sus ruindades de rufián; fué un momento canalla y diabólico, que luego Alfonso, tan digno, tan pulcro, tan caballero, hubiera querido para siempre borrar de su vida... Fué un momento triste y decisivo en la vida de un hombre; agolpósele a la garganta toda la rabia contenida; vió un momento cruzar ante sus ojos inyectados el cinismo insolente de la hembra que venía de pasear triunfante por las calles su garbo y su salero, entre sonrisas correspondidas y piropos agradecidos; y saltó sobre ella como un león, como un salvaje, increpándola:

—¡Zorra! ¡Perdida! ¡Canalla!...

Mientras súbitamente fulminaba contra ella una terrible bofetada...

Y entonces fué cuando la niña, loca, frenética, con los cabellos revueltos, como en un ataque nervioso, clamando airadamente, se abalanzó hacia él, gritando:

—¡Mamá!... ¡Mamaíta! A mi mamá no le pegas tú... Vámonos de aquí, mamá...

La madre, estallando en llanto, clamaba:

—¡Canalla! ¡Mal hombre! ¡Cobarde!... Cállate, nena, cállate, que no ocurre nada...

La niña, sollozante, desmelenada como una Euménide, seguía clamando:

—¡Mamá, mamaíta rica!... ¡Vámonos de aquí!... Vámonos a casa de la tía... Ponte el abrigo, mamá, que yo no quiero que estés más aquí... Vámonos ahora mismo de esta casa... Lejos de este hombre... ¡Mamá, mamá, mamaíta rica!...

La madre lloraba, apaciguada ahora su rabia, y sobreponiéndose a la chula, a la brava, la mujer sentimental y tierna que en el fondo de ella dormía... Lloraba desga-



rradoramente, desconsoladamente, con el llanto del tiempo en que era niña; lloraba con la misma ternura y el mismo desconsuelo que su hija... La niña se había echado sobre el regazo de su madre, y allí, con las manos al cuello, mezclaban las dos niñas sus lágrimas: las de la mujer, más hondas y más desesperadas; las de la niña, más inocentes, más doloridas, más desgarradoras...

Ante el espectáculo de aquellas dos criaturas sin amparo, Alfonso sintió que se le entraba en el corazón un derretimiento, una ternura inefable. Ahora lloraba él viendo llorar a las dos pobres niñas, huérfanas de protección, sin más refugio ni cobijo que aquella casa, con toda la vida pendiente de él... Y en un impulso espontáneo de su corazón angustiado, arrepentido de la vil rufianería cometida, se abrazó a ellas paternalmente, acariciándolas, arrullándolas con palabras dulces:

—Callad, niñas, callad, que esto ha sido un arrebato. Perdóname, Manolita; perdóname, niña bonita; no llores más, no llores; y tú, criatura, por Dios, no llores...

Se abrazaron todos, en una reconciliación realmente conmovedora, y a poco salían juntos para un café de la glorieta de Bilbao, donde muchas veces se habían reunido Alfonso y Manolita a saborear el encanto de sus primeras entrevistas de amor—las que encierran el inefable hechizo de la novedad y de lo desconocido, las que se conservan siempre como preciadas reliquias en la memoria—; entrevistas celebradas en noches de verano y de luna...

VII

«Professión es de hazer bien a muchos aún con pérdida propia; y quien no es rico en amor vuélvase de esta guerra, que no es para él.—Beato JUAN DE AVILA.—*Epistolario espiritual*, XI, p. 118.

Por aquel entonces hicieron los amigos —que suelen ser malos consejeros cuando les ciega un empacho de amistad—que Alfonso Gil presentase su candidatura para concejal por aquel distrito, en el cual era popular por estar avecindado hacía diez años, desde que vino de la Montaña con su familia a afincar en Madrid.

Con esto se sobrecargó de cavilaciones y cuidados, y pudo dedicar menos tiempo a su amante, pues el batiburrillo y amaño de las elecciones le trajo atareado dos meses. Salió

triunfante porque era grande, ruidosa y agradecida su popularidad de señorito rico, generoso y simpático; porque además era campechano y llanote, y no se desdeñaba de tratar con el pueblo en los *bares* y las tabernas de las inmediaciones... Hasta su misma amistad íntima con Manolita—que conocía todo el barrio—le daba reputación de buen muchacho en el contorno todo de Vallehermoso. Si hubiera exhibido una amante de postín, una de esas cocotones pomposas y empingorotadas que se lucen en coches de lujo por la Castellana, la clase popular del barrio no le hubiera estimado tanto.

Si hubiera tenido amores platónicos y de balcón o de gabinete con una niña zangolotina, tampoco le hubieran adorado las comadres de la vecindad. Pero aquello de estar en relaciones con Manolita, una moza barbiana y juncal del riñón de Madrid, le daba ejecutoria de castizo y de tratable. Que

un muchacho de buena familia hable con una hija del pueblo, que además sea generoso, espléndido y campechano y que se roce con la vecindad de los cuartos interiores y de las buhardillas, es cosa que agradece mucho el pueblo de Madrid...

Ahora descuidaba la vigilancia de Manolita, todo embebido en el trafagueo de los negocios públicos y en el enredijo de las triquiñuelas y expedientes municipales. La profesión de edil no le gustaba por lo desacreditada que andaba en boca de las gentes; pero era un mandato popular y había que cumplirlo a conciencia y con toda la mayor lealtad y competencia posibles.

Tenía Alfonso un alto respeto a sí mismo, y no quería echar por tierra los chirimbolos y atributos de la soberanía popular, una vez que los había aceptado. Ahora sí que estaba en comunicación constante con el barrio. Le saludaban todos los vecinos, platicaban amablemente con él las porteras, dialogaban los

serenos acerca de problemas de administración municipal, los vecinos de los pisos burgueses pedíanle exenciones, rebajas, prórrogas y aun definitivas moratorias para el pago del odioso impuesto de inquilinato; los vecinos de las buhardillas pedíanle trabajo como jornaleros de la Villa...

En suma: era una nube de pedigüeños y solicitantes, de los cuales casi todos salían agradecidos, porque Alfonso era hombre enemigo de decir que no y concedía todo lo que en conciencia y en justicia era lícito y factible conceder... Algunos salían disgustados de las negativas que no podía menos de dar, muy a su pesar, el concejal neófito.

Por la mañana iba al Ayuntamiento a despachar sus asuntos; después de mediodía, a eso de la una, regresaba, y solía sentar sus reales en la *Cervecería Peninsular,* establecimiento nuevo en el barrio, que tenía parroquia muy escogida y numerosa.

Esa era la hora de respiro en que él des-

cansaba de sus fatigas de teniente alcalde, pues ya había sido nombrado en el primer sorteo electivo. Rodeábanle amigotes, aduladores y paniaguados. Y a esa hora era también cuando solía ver un rato a Manolita, pues por mutuo convenio siempre cruzaba por delante de la cervecería a eso de la una y media, con su andar firme y garboso, muy atildada y pizpireta, con la mantillita sobre el pelo dorado y el taconeo menudo de sus zapatitos elegantes sustentando la pantorrilla fina y bien hecha que se adivinaba a través de las medias estiradas y transparentes.

Era la única hora del día en que pasaba con ella un rato; luego solía verla por la noche, llevándola a un teatro del centro, o bien a un cinematógrafo o un café del barrio. Ahora, en compensación de no verla durante el atrafagado día, solía frecuentar más con ella los espectáculos... En todo el barrio eran ya populares aquellas dos figuras: él, elegan-

te, altivo, displicente, con un aire de mozo satisfecho de la vida; ella, alegre, donairosa, con esa gracia espontánea y natural de las madrileñas, que no se aprende ni se imita...

Eran realmente la alegría del barrio, la flor de aquel rincón típico madrileño, que él representaba por los votos populares en el Concejo, y ella, por la gracia sandunguera y por el salero gentil.

Las mujeres del barrio envidiaban a Manolita su posición de entretenida respetable, al paso que las señoritas de las calles circunvecinas la miraban de reojo, profiriendo al pasar junto a ella frases acerbas y despectivas.

Ahora, considerándose persona influyente y estimada en el barrio, se creyó en el deber de elegantizarse, y se vestía muy a lo señorita, con trajes *tailleur* de confección irreprochable. Salía por la calle de Alcalá y Carrera de San Jerónimo a esa hora deliciosa y única en Madrid de una a dos de la tarde;

hora de las entretenidas elegantes, hora de las mujeres sugestivas e insinuantes que luego vemos en los bailes del Real, en esos bailes vaporosos y envueltos en el misterio de la aventura, que son la última esperanza—¡y la última desilusión forzosa!—de los muchachitos románticos...

Manolita era ahora parisiense de tipo, aunque siempre madrileña de corazón, chula de garbo y de modales, manola por el alma indomable y por el huracán de celos que de cuando en cuando la sacudía...

Hubo por entonces ocasión de probar que, en punto a rabietas de celosilla, era la misma de siempre; que el alma de las bravías y de las manolas palpitaba en ella... Una tarde, Alfonso tuvo la desdichada ocurrencia de citar a Amparito, la actriz, en la *Cervecería Peninsular*. La citó, eso sí, a las tres de la tarde, a la hora en que sabía perfectamente que Manolita estaba durmiendo una apacible siesta. Tal era su costumbre en todas las

cuatro estaciones, pues no concebía que la comida le hiciera provecho sin una hora de saludable descanso. Para que no le quedara el menor resquicio de intranquilidad, fué él mismo en persona a asesorarse de que Manolita disfrutaba del *dolce farniente* de una siesta perezosa...

Comió, al efecto, muy temprano, y marchó un momento a casa de la amante, sin pararse siquiera a tomar el café. Fuese lo insólito de la hora—ya que Manolita sabía perfectamente que Alfonso no salía del Ayuntamiento sino muy pasadas las dos y sólo acababa de comer entre tres y tres y media—, ya fuese por cierta ambigüedad y titubeo al explicarse, el hecho es que la chulita desconfió, y acto continuo se dispuso al acecho...

"¡Ah! ¿Conque aquel truhán de Alfonsito—pensó en seguida para sus adentros—andaba tramándole una jugarreta, una emboscada de amor?... ¡A ella, madrileña cas-

tiza, chulita de Chamberí, descendiente directa de las majas de don Francisco de Goya!—como el propio Alfonsito tantas veces le dijera...—Pues no sería tan mollar como él se lo imaginaba esto de jugarle a ella una partida serrana... Para algo tenía ella pupila... y quinqué... y todo lo que hay que tener..."

Alfonso, sin poder disimular su aceleramiento—pues tenía citada a las tres en punto a Amparo, y la figuranta, entre sus pocas virtudes, tenía la de ser puntual—dió cuatro besos e hizo cuatro carantoñas a Manolita, que sonrió solapadamente para sus adentros, pensando: "¡Ah! ¡Conque besitos y arrumacos y monerías!... Prueba plena de que me la vas a jugar."

Apenas Alfonso cerró la puerta, Manolita se echó sobre los hombros el garboso mantón, como en sus buenos tiempos de chula *fetén,* y alisándose el pelo rebelde en las patillas y en la frente, salió calle abajo detrás

del fementido, que marchaba alegre y despreocupado, como se va siempre que uno ha logrado hacer su santa voluntad y urdir alguna picardihuela sin trascendencia. Ella, en cambio, marchaba solapada y escurridiza, como quien trata de desbaratar algún plan y se regodea interiormente con el previsto desenlace.

Algunos transeuntes curiosones de los que tanto abundan en Madrid detenían a contemplar el garbo gentil de la chula y su actitud de acecho, pensando quizá para sus adentros: "¡Quién fuera por ti acechado, gachona!..." Dos o tres estudiantillos le dijeron requiebros, a los que ella contestó con ese bufido característico de la madrileña cuando no la piropea el hombre que la camela o al menos un hombre que le sea grato.

Muy cerca ya de la *Cervecería Peninsular,* Manolita se echó atrás ligeramente, porque le pareció que Alfonso se había dado cuenta de la persecución y volvía la cabeza con esa

irrefrenable sugestión del que es seguido por la espalda... Pero no; el granuja, no contento con la traicioncilla que preparaba, se había vuelto para contemplar a una sandunguera modistilla que se había cruzado con él, y cuyos ojos vió Manolita relampaguear un instante, en ese orgullo subitáneo de la mujer que se siente admirada por un hombre de buen porte.

Hizo una pausa en su acelerada carrera y se refugió en la sombra propicia de un portal angosto, donde en ese momento gorjeaba toda la risueña pajarería de unas aprendizas de modista... Era la puerta de un taller y era la hora en que las oficialas iban a entrar al trabajo. La visión de aquellas muchachas alegres e inconscientes, felices aun en su adolescencia maliciosa o su prima juventud aun no experimentada, la saturó de pena. Evocó sus quince años y el taller de Aline Lyonnet, aquella maestra suya, falsa y francesa—como era falsa rubia y falsa delgada—, que se

llamaba en puridad con el casticísimo nombre de Encarnación Martínez, por largos años conocida con el pseudónimo de *La Rubiales* en la plaza de Lavapiés y sus contornos.

Y mientras desde allí espiaba, vió clara y marcadamente que Alfonso penetraba en la *Cervecería Peninsular* y saludaba, sombrero en mano, a una señorita muy emperifollada que en las mesas cercanas a la puerta se exhibía, luciendo un sombrero pomposo y un escote exagerado.

"¡Ah, el bellaco—pensaba la chulita para sus adentros—; me tiene a mí de esclava, de mártir, contándome las pesetas, aunque me lleve bien, y luego viene a gastarse rumbo y majeza con una señora de tronía!... ¡Yo, a sus órdenes, metidita siempre en casa, esperando que el señorito quiera ir, y entre tanto..., él luciéndose por ahí con señoras de postín!... Pues yo lo arreglaré ahora..."

Y como lo pensó, lo hizo; atravesó la pla-

za circular en que estaba enclavada la cervecería, y entrando rápida, resuelta, bravía y bella en su arrebato, avanzó hacia él y le increpó duramente:

—¡Hola, rico! ¿Conque tenemos cititas con señoras de postín?... ¿Y para eso vamos antes a hacer arrumacos a la esclava para que se quede en casa, ¡eh!, granuja?...

Alfonso Gil, demudada la color y descompuesto de facciones, se erguía de la silla para contener a Manolita por si de las palabras quería pasar a las obras...

—Vamos, mujer, cálmate, sé razonable... Es una señora conocida que me ha pedido una recomendación...

Amparo se había levantado de la silla y trataba de huir aprisa, ante el temor de habérselas con aquella arpía de tan bonitos ojos...

—Señora, perdone usted, déjeme pasar... Yo no sabía que este hombre estaba tan

comprometido... De haberlo sabido, imagínese usted...

. Pero Manolita le atajaba el paso para plantarse ante ella valiente y retadora—¡una barbiana!—y decirle, recalcando las sílabas, con esa guasita puramente madrileña:

—Oiga usted, señora: este hombre es mío y muy mío, porque sí... Pero no se crea usted que yo ato a nadie ni le pongo grilletes en los pies... A ver si se va usted a creer que me *tie* miedo... y que no le dejo salir de casa solo... A usted lo único que le digo es que procure, por su tranquilidad, que yo no vuelva a verla con él por ningún sitio... Porque entonces, vamos, entonces se lo aseguro a usted, que con su moño de usted y con ese arsenal de postizos que lleva usted ahí me hago yo unos zorros...

Y zarandeándola por la solapa de la levita marrón que Amparo ostentaba:

—¿Se entera usted, so lechuza?... Que no es que yo le tenga encarcelao, que me sobra

a mí palmito y labia pa engatusar hombres..., ni que tenga yo achares de usted..., que sería pa reírse con esas narices de a metro que tie usted y esa cara más larga que un día sin pan... Sino que no me da la gana a mí que desperdicie con una pelandusca como usted el dinero que me regatea a mí y a mi niña..., ¡ea!... ¡Que no me da a mí la gana y que soy yo muy barbiana pa que ningún tío me venga a sopapear en las propias narices!...

Se había armado cierto rebullicio en la cervecería, a esa hora llena de gente, ante la actitud insolente y provocativa de Manolita, y varios camareros trataron de intervenir para calmar a la chula...

Pero fué Alfonso el que reclamó sus fueros de amo y señor, y, cogiéndola muy dulcemente, la sacó del brazo... Entre tanto, Amparo, demudada y nerviosa, salía corriendo plaza adelante a coger un tranvía de Fuencarral que la llevase al centro. Algunos transeuntes se habían agrupado, como acon-

tece siempre en Madrid al menor asomo de bronca o tumulto, y contemplaban con interés a la guapa moza que salía, colorada y llameantes los ojos, del brazo de un señorito—"algún señorito chulo de mala sombra"—, comentaba en voz baja tal o cual comadre.

Para esquivar la formación de grupos, Alfonso se abalanzó hacia un coche que pasaba vacío y metió en él a Manolita, entrando él después, y dió al cochero las señas de ella...

La chula, ya satisfecho su amor propio y viendo que el amante la acompañaba gentilmente y dejaba plantada a la otra, sentía que su cólera ciega de antes se iba derritiendo en ternura... Y al fin, todo el arrebato chulesco de celos y rabia se le resolvió en crisis sentimental de lágrimas, y apoyada en Alfonso, sin hablar, con el pañuelo a los ojos, lloraba a lágrima viva mientras el coche tambaleábase Bulevar adelante...

VIII

A los seis meses de la reyerta en la *Cervecería Peninsular,* después de haber hecho las paces y quedar más amiguitos que nunca (ahora Alfonso se desvelaba doblemente por Manolita), ésta le dijo un día, poniéndose muy colorada, que quería darle una grata sorpresa...

—Estoy encinta, ¿sabes, rico?...

—¿Qué me dices, niña?—dijo Alfonso algo bruscamente—. ¡Tú deliras!...

El tono un poco agrio de la respuesta abatió aplanadoramente a Manolita, que se vió ya desamparada y sola, con una criatura en brazos...

Pero sin turbarse un momento, con su serena bravura de maja, contestó:

—Lo que oyes... Pero, ¡qué!, ¿es que acaso no te agrada la noticia?... Pues ya estoy de seis meses; sólo que yo no te había querido dar la noticia hasta que tú no me lo notases...

—Pues ¡estamos aviados, hija!... Eramos pocos...—arguyó Alfonso con acrimonia y con grosería.

—Nada, chico, no te preocupes... No lo quieres aceptar por tuyo lo que venga..., pues tan campante... Yo me las arreglaré como Dios me dé a entender... No se me cae el mundo encima por eso, no te vayas a figurar. Tuve mi niña; nadie me la quiso atender... Se marchó el canalla..., como tú quieres irte en cuanto oyes hablar de eso... Pues yo solita la he criado y la he educado a pulso..., y ahí la ves, tan guapita, hecha ya una mujercita que me ayuda...

Alfonso, un poco enternecido, recogió velas:

—No se trata de eso, Manolita; ya sabes

que yo no soy hombre capaz de abandonar a un hijo mío... Es que, la verdad..., no contaba con este contratiempo tan inesperado...

—Pues ya lo sabes... Y ahora dime lo que piensas hacer... para que yo me eche mis cuentas...

—Ya hablaremos más despacio... mañana..., un día de estos... Ahora estoy con prisa...

Y salió con un gran golpetazo a la puerta...

Manolita, al quedar sola, comprendió la gravedad de su triste situación... Ya veía claro: el canalla, el bribón, no quería hacerse cargo de lo que viniera... Pues ¡pecho al agua!... Ella lo arreglaría todo lo mejor posible, y Dios no había de abandonarla tan en absoluto...

Alfonso Gil comenzó a rarear las visitas y a juzgar enfadosa la continuación de aquellos amoríos que, comenzados con ligereza, le cargaban ahora con todas las responsabi-

lidades de la paternidad... Se inventaba a sí mismo sofismas capciosos para justificar su cobardía, su canallesca retirada: "¿Cómo, un remedo de matrimonio con todos los inconvenientes del cargo de esposo y sin ninguna de las ventajas?... ¡Oh, no! ¡Gajes de éstos y bromitas de rorros gimiendo y llorando, vaya que no!... Y luego, a saber si aquella criatura..."

La absurda y villana sospecha se le paralizó en la mente, y la palabra para insinuarla ante Manolita se le heló en la boca... Mejor fué así, porque como hubiera esbozado en el diálogo la insinuación ofensiva, la bravía chula le hubiera abofeteado y arañado; toda su ruda fidelidad de hembra plebeya hubiera rugido de ira.

Otras veces, lo que se rebelaba en él sordamente era, no ya su despecho, sino su posición social, su categoría de señorito "bien"...

"¿Qué dirán mis amigos del Club Impe-

rial cuando lo sepan? ¿Qué dirán, sobre todo, Straus y Muñiz, los burlones, los escépticos?... ¡Conque papá y con un rorrito llorón, y de una chulilla cualquiera de Chamberí! ¡Ay, qué risa!... ¡Qué lindo papel para un miembro de la sociedad de los "terribles" ese de acunar al niño y limpiarle las pueriles inmundicias!... ¡Oh! ¡Qué caída más aparatosa!..."

Pero el fondo moral que había en él, su propia educación burguesa, sobreponiéndose a las convenciones sociales, le ordenaba cumplir con deberes que él mismo se había creado...

Continuó, pues, las relaciones con Manolita, aunque llevándolas de un modo displicente y brusco, como un hombre que cumple de mala gana, y sólo por hacer honor a su palabra de caballero, un compromiso involuntariamente contraído. Como ahora no había ya entre ellos, en los últimos meses del embarazo, el acicate del sensualismo, apro-

vechaba la ocasión para no ir jamás por las noches a ver a la chula. Se iba, en cambio, casi todos los días al *camerino* de la actriz o se asociaba a las partidas nocturnas de placer que organizaban sus camaradas de club, a quienes silenciaba en absoluto todo cuanto oliese a consecuencias desagradables de sus amoríos.

Por el día tampoco podía salir con ella, porque la grosura de Manolita la deformaba de una manera para él vergonzosa... La iba a ver por las tardes un rato, siempre parco de palabras, y torcido de gesto, y avinagrado de humor...

Manolita sufría y lloraba en silencio..., porque ¿a qué iba a reprocharle nada?... Agriarían las cuestiones, saldrían a relucir todos los episodios de la vida pasada de Manolita..., al menos los que él conocía... Era mejor dejarlo así; estaba convencida de la canallería cruel de éste, como de todos los

hombres. Bien niña la había experimentado, para que no supiese a qué atenerse...

En una tarde clara de abril, Manolita dió a luz un niño rollizo, lindo, mantecoso, como ella... "¡El vivo retrato de la madre!...", dijeron las vecinas piadosas que la asistieron en el difícil trance...

Alfonso sufragó todos los gastos del parto (¡no faltaba más!), y estuvo allí media hora para ver si era niño o niña; como si se hubiese tratado de una extraña...

A los ocho días, la Elena, una vecina del piso interior que había intimado con Manolita, visitándola una mañana en que conversaban acerca de la ausencia prolongada y sospechosa ya de Alfonso Gil, que la había dejado trescientas pesetas a los tres días de dar a luz y no había vuelto por allí desde entonces, interrumpió de repente la conversación, como paralizada por una noticia que

acababa de leer en la tercera plana de *El Liberal* que llevaba en la mano...

—Oye, chica: ¿no sabes?... El canalla de tu novio...

—¿Qué? ¿Se ha ido de Madrid?—interrogó tristemente Manolita.

—Pues nada, ahí, a la vuelta, a América... Lee, lee, chica...

La pobre Manolita, a duras penas leyó:

"CORREO TEATRAL

"Hoy embarcan en Vigo, con rumbo a Buenos Aires y Montevideo, los elementos de la compañía Pereira-Mendoza, al frente de la cual va como director artístico el reputado escritor y concejal de este Ayuntamiento nuestro querido amigo don Alfonso Gil. Feliz viaje y prosperidades les deseamos a tan ilustres artistas en tierras de Ultramar."

EPILOGO

Dos años después, Manolita cosía enfrente de su balconcito ardorosamente... Era una tarde canicular, una terrible y férvida tarde de julio madrileño. Cosía incansablemente una ropa blanca ya bordada que había de entregar al día siguiente en un comercio de la calle de Postas. Era en la salita de la misma casa clara y alegre de la calle de Guzmán el Bueno, donde la dejó una tarde, bárbaramente abandonada, el bribón de Alfonso Gil...

A su lado, la niña cosía también, si no tan expertamente, con tanto ahinco como la



madre... Crecidita ya y guapa como un sol, la Manolita pequeña era un pimpollo de diez años...

Jugueteando con el ovillo y los enseres del cesto de la costura, había un niño redondito y rubio, que se criaba robusto y colorado...

De súbito, la madre, atacada de frenesí, de ternura y piedad hacia aquel pobre niño, desventurado desde antes de nacer (porque había traído la desdicha de la separación del hombre a quien ella tanto había amado), se echó hacia él, soltó la labor, le sentó en su regazo, y mientras le mecía iba diciéndole lentamente, como en una canción de cuna, ahogando las lágrimas ardientes que le hervían en los ojos:

—Ponchín, rico mío, papá ya no nos quiere, y se ha ido con una mujerona muy mala..., que es del teatro..., allá lejos...,



muy lejos, a América..., por donde van los barcos... Pero no llores tú, principito mío, que tu mamá velará por ti y te cuidará siempre... Ponchín, Ponchín, pequeñín, nene mío, rey de la casa...

Andrés González Blanco

Madrid, 15 a 20 de enero de 1922.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

EN NUESTRO NUMERO
PROXIMO PUBLICAREMOS

AMALIA, LA PALO SANTO

POR

JOAQUIN BELDA

ILUSTRACIONES DE
PUIG

MUCHAS GRACIAS

30 Cts

TOMADLO TODOS LOS SABADOS

◆

DESCONFIAD DE LAS IMITACIONES

◈

EL QUE LO COMPRA REPITE

◆

LA REDACCION CUENTA CON LAS MEJORES PLUMAS Y CON MUEBLES PAGADOS AL CONTADO

REVISTA COMICO-SATIRICA

DIRECTOR

ARTEMIO PRECIOSO



La graciosa figura que ilustra este anuncio, dice con su expresivo gesto, la acreditada y elegante frase «¡Ay que me troncho!»

DEMETRIO

RIVADENEYRA (S.A.) MADRID